

pueblo Despues de haber visitado todas las iglesias que pudiereis, pasad cuanto mas os sea posible de la noche en la iglesia en donde debeis ser enterrados, y allí dilatad vuestro corazon en la presencia de Jesucristo, detestando vuestras indevociiones y todas vuestras irreverencias en el lugar santo. Dispensa Dios en este dia grandes favores á todos los que desempeñan con fidelidad y con fervor todas estas prácticas de piedad tan interesantes.

VIERNES SANTO.

El Viernes santo, llamado tambien por escelerencia el gran Viernes á causa del gran misterio de nuestra redencion consumado en este dia y cuya memoria celebra hoy la Iglesia, se ha mirado en todos tiempos como el mas santo, el mas augusto y el mas venerable de todos los dias, y el que los cristianos han celebrado siempre con mas religiosidad y con una devocion mas sensible. Este es el gran dia de las misericordias del Señor, puesto que es el dia en que este divino Salvador quiso, por un exceso de amor incomprendible á todo entendimiento criado, sufrir los mas crueles suplicios, y espirar ignominiosamente en la cruz, á fin, dice el texto sagrado, de que fuésemos curados por sus llagas, lavados con su sangre, justificados por el decreto de su misma condenacion, y que hallásemos en su muerte el principio de nuestra vida. Este es el gran dia de las espiaciones, en el cual ha espiado Jesucristo con su sangre todos los pecados de los hombres. Todo el que no fuere afligido en este dia de espiacion, decia el Señor, perecerá en medio de su pueblo. Quería Dios que en el dia solemne destinado para las espiaciones de su pueblo, se entregasen todos á los sentimientos de dolor, y si habia alguna alma tan endurecida que no entrase en la afliccion comun, ordenaba que fuese esterminada, y que no se la contase mas entre su pueblo. Este es el gran dia de las espiaciones: ¿no es este el dia en que Dios tiene derecho para decir, todo el que no fuere afligido en este dia perecerá? y mientras que el amor de un Dios le hace tan sensible á nuestros intereses ¿qué sería si nosotros nos hiciésemos insensibles á sus tormentos? Semejante insensibilidad ¿no constituiria un carácter de reprobacion?

No hay dia alguno en el año mas respetable, ninguno, por decirlo así, mas cristiano, ni mas distinguido que el Viernes santo. Su celebridad ha nacido con la Iglesia. Todos convienen en que los apóstoles instituyeron las fiestas de aquellos misterios

que se habian verificado á su vista; ¿quién pues no ve, dice san Agustin, que la fiesta del Viernes santo ha precedido á todas las demás? Se puede decir que la Iglesia ha consagrado, en cierto modo, todos los viernes del año, para que sean como una octava perpetua de la fiesta y del misterio del Viernes santo; á la manera que todos los domingos son la octava del misterio de la Resurreccion y del santo dia de Pascua; y conducidos de este espiritu los príncipes cristianos prohibieron el ejercicio del foro y los juicios el Viernes santo, por respeto á la pasion del Salvador, y aun quisieron que esta observancia se comunicase del Viernes santo á todos los viernes del año.

Este dia constituye una doble época; esto es, el fin de la antigua alianza, y el principio de la nueva. La muerte de Jesucristo ha sido el nacimiento de la Iglesia, y la sepultura, por decirlo así, de la Sinagoga; y su sangre, como un diluvio de bendiciones celestiales, ha renovado toda la tierra, suscitando un nuevo pueblo de Dios, y reprobando el antiguo. Llámase este dia *Parásceve*, palabra griega que significa preparacion, en razon de que en este dia preparaban los judios todo lo necesario para celebrar el sábado. Entre los griegos, se llamaba el Viernes santo la Pascua *Staurossima*, esto es, de Jesus crucificado, y el domingo siguiente Pascua *Anastassima*, es decir, de Jesus resucitado. La festividad de este dia ha sido siempre como una solemnidad de llanto, de luto y de penitencia en la Iglesia, y en medio de la mitigacion, por no decir relajacion, que con el trascurso del tiempo se ha introducido en el ayuno de Cuaresma, puede decirse que en nada se ha alterado el rigor del ayuno del Viernes santo: propiamente hablando, este es el único dia en que se observa, especialmente en las casas religiosas, y aun en algunas casas de seglares, la *xerophagia*, esto es, el ayuno reducido á viandas secas, ó á las raices, y muchos tambien ayunan á pan y agua.

Desde el tiempo de los apóstoles no hay misa en este dia. El gran luto de la Iglesia, y la muerte del Salvador, son la causa de que no se ofrezca el divino sacrificio. Antes que se adelantase el oficio de la noche de Pascua al sábado, tampoco habia misa en este dia: *En estos dos dias*, dice el papa Inocencio I, *no se celebran Sacramentos*. El cuarto concilio de Toledo celebrado en el año de 633, dice que el Viernes santo se cerrában en España todas las puertas de las iglesias para indicar la profunda tristeza y la afliccion en que estaba sumergida la Iglesia; sin embargo manda que se celebre el oficio, y se predique en él la pasion. Antiguamente el clero y el pueblo comulgaban el Viernes santo, cuyo

uso ya no se observa el día de hoy mas que en algunas antiguas abadías.

El oficio de este día, y que se ha sustituido en lugar de la misa, es uno de los mas augustos y de los mas patéticos: todo él inspira compuncion, devocion, y una religiosa tristeza. En todas sus ceremonias y oraciones se deja sentir el espíritu del misterio y de la religión: todo se resiente de la triste solemnidad del día, que es el de la muerte del Salvador, cuyas exequias celebra la Iglesia.

Estiéndese sobre el altar una simple sabanilla, que es la imagen del sudario en que fué envuelto el cuerpo del Salvador despues de haberle bajado de la cruz. Postrado el sacerdote y pegado su rostro con la tierra, da á entender con esta postura la amargura en que está sumergido su corazon, la cual debe ser comun en este día á todos los fieles. Comienza por leer dos Epístolas: la una es del profeta Oseas, y la otra está tomada del pasaje del Exodo en que Moisés describe la ceremonia del Cordero Pascual, figura de Jesucristo inmolado en este día por todos los hombres; porque así como al cordero pascual se siguió el fin de la servidumbre en que los israelitas vivian en Egipto; así la muerte de Jesucristo verificada en este día nos ha librado de la servidumbre del pecado.

No hubo jamás una profecía mas clara, mas precisa, ni mas acabada de la muerte, de la resurreccion del Salvador, y del establecimiento de la Iglesia, que la del profeta Oseas, que es el asunto de la primera Epístola de este día, y por donde comienza el oficio que hace veces de misa. *He aquí lo que dice el Señor: En el esceso de su afliccion se apresurarán á recurrir á mí: venid, dirán, volvámonos al Señor. El nos ha castigado por nuestros pecados; esperemos que nos mirará con misericordia: su justicia es la que nos ha herido, su misericordia nos curará.* Conforme al sentido alegórico es el género humano el que se ha atraído por el pecado el diluvio de males que ha inundado toda la tierra por espacio de cuatro mil años, y el que no podia quedar libre de la servidumbre en que estaba, sino por aquel que le habia condenado. Era á la verdad necesaria la sangre de un hombre-Dios, para curar todas las llagas del hombre, y esto es lo que el Profeta nos predice, y lo que se ha verificado en el misterio que celebramos. Este divino Salvador, dice, *nos dará la vida en dos días, y el tercero nos resucitará*, y en adelante viviremos á su vista, y no nos mirará ya sino con ojos de piedad, y será nuestro Dios, y nosotros seremos su pueblo. Entonces, mediante una fe viva, sabremos quién es, y le seguiremos con

empeño y con fidelidad, y le reconoceremos mas y mas cada día. El se comunicará á nosotros, no en medio de relámpagos y truenos, como en el monte Sinai, sino como un rocío suave de la primavera, ó como una lluvia fecunda del otoño que cae sobre la tierra para hacerla fértil en flores y frutos: su aparicion será semejante á la de la aurora que inspira la alegría. Esta profecía, tomada en su sentido propio y literal, jamás se ha verificado en todo rigor en los pueblos hebreos, dicen los intérpretes. En vano se buscaria en la historia el número de dos días despues de los cuales debia recibir la nueva vida, y el tercero en el que debia resucitar. Oseas insinuaba en esto la resurreccion de los fieles rescatados por la sangre de Jesucristo: designaba en este pasaje del modo mas espreso la resurreccion del mismo Salvador quien, como dice S. Pablo, nos ha dado la vida cuando estábamos muertos por nuestros pecados, nos ha resucitado tambien con Jesucristo (*Ephes. 21.*), y en su persona nos ha dado un lugar en el cielo. (*1. Cor. 15.*) A este pasaje del Profeta alude el Apóstol cuando dice: Que el Salvador ha resucitado al tercer día segun las Escrituras. Aparecerá el Salvador como la aurora, continua el Profeta: Jesucristo en su resurreccion ha sido el sol naciente que ha disipado todas las tinieblas del error y de la idolatria: vendrá á nosotros como una lluvia que cae oportunamente sobre una tierra seca, la cual sin ella jamás hubiera llevado fruto alguno. *¿Qué haré por ti, Efraim? ¿Qué haré por ti, Judá? La Judea estaba dividida desde la muerte de Salomon en dos reinos, el de Judá, que no comprendia mas que dos tribus, y el reino de Israel que comprendia las otras diez; y porque Jeroboam, primer rey de las diez tribus, era de la tribu de Efraim, se entiende que Dios se dirige á todos los judíos; cuando les dice por su Profeta: ¿Qué mas podeis pedirme que lo que acabo de hacer? Como si dijese: la muerte del Mesías debe poner fin á vuestra cautividad, y su resurreccion debe daros una nueva vida; ¿qué mayor maravilla podeis esperar de mi bondad? Si yo no hubiese tenido consideracion mas que á vuestras oraciones, á vuestras obras de caridad tan poco constantes, ó á vuestra penitencia tan ligera, jamás hubiera llevado tan léjos mi compasion y mi misericordia con vosotros; á mi bondad sola es á quien debeis una maravilla tan grande. Por mas que os he amenazado por mis profetas y os he predicho todos los males con que habia resuelto castigar vuestras impiedades, no por eso habeis sido menos indóciles. Sabe, pueblo ingrato, que yo prefiero el sacrificio del corazon y la caridad á todos vuestros sacrificios, y que la ciencia de Dios, el conocimiento de Dios que se adquiere por la fe,*

me es mas agradable que todos los holocaustos que pudierais ofrecerme.

La segunda Epístola está tomada del libro del Exodo. Habia mucho tiempo que los israelitas gemian bajo de la opresion de los egipcios, cuando Dios movido de los clamores de su pueblo oprimido, envió á Moisés á Egipto para que intimase de su parte al rey Faraon que dejase en libertad á su pueblo. Acompañado Moisés de su hermano Aarón se presentó delante del rey, le declaró el orden de Dios; y habiéndose negado á obedecerle, le hirió á él y á su reino con muchos azotes conforme al poder y al orden que habia recibido del Señor. Endurecido Faraon, se obstinó en no dejar ir á los israelitas. Mas Dios, antes de dar el último golpe el cual debia romper sus cadenas y sacarlos de su larga cautividad, hizo que Moisés les dijese de su parte que se dispusiesen para celebrar la Pascua, esto es, el tránsito del Señor. Contiene esta Epístola lo que Dios le ordenó tocante á esta célebre ceremonia.

El mes en que estais, les dice, será de aquí adelante para vosotros el primer mes del año. Era esto hácia el equinoccio de la primavera, y en él se fijó para lo sucesivo el principio del año santo de los israelitas; porque el año civil comenzaba siempre hácia el equinoccio del otoño, como entre los egipcios. En el décimo dia de este mes, dice el Señor, tomará cada uno un cordero para su familia, y si la familia no es tan numerosa que pueda comer un cordero, reúnanse ó de la parentela ó del vecindario el número de personas que sea suficiente para verificar esta ceremonia. Este número fué determinado por lo menos á diez. El cordero pascual no debia tener mas que un año; debia ser sin defecto, y sin mancha. El término hebreo significa perfecto. Los apóstoles y los Padres de la Iglesia nos hacen notar la semejanza del cordero Pascual con Jesucristo, que es el único cordero sin mancha; inmolado por nosotros en la cruz, el cual con su sangre nos ha librado de la servidumbre del pecado, nos ha puesto á cubierto del ángel exterminador, y sirve aun todos los dias de alimento á todos los fieles en el sacramento de la Eucaristía. Le guardaréis, dice Dios, hasta el dia 14 de este mes; era el mes llamado Nisan, que corresponde á nuestro mes de marzo; y toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará por la tarde. Esta inmolacion del cordero pascual era la figura mas marcada del sacrificio sangriento del Salvador del mundo. Tomarán su sangre, añade el Señor, y se pondrá en el uno y otro poste, esto es, á los dos lados, y en lo alto de las puertas de las casas en que le comieren, á fin de que el ángel que debia

quitar la vida á los primogénitos de los egipcios, no entrase en las casas que tuvieren esta señal. No era esto, dicen los Padres, porque los ángeles tuviesen necesidad de esta señal para distinguir las casas de los hebreos de las de los egipcios; pero era necesario hacer comprender por medio de alguna cosa sensible á aquel pueblo grosero, la proteccion especial que Dios concedia á sus familias. S. Jerónimo parece indicar que con esta sangre se marcaba una señal de cruz; lo que si es cierto es que la sangre del cordero pascual era la figura y el símbolo de la sangre de Jesucristo, que nos libra mucho mas eficazmente del poder del ángel exterminador, y poniéndonos á cubierto de la cólera de Dios, nos hace dignos de su misericordia. Haréis asar este cordero, continua el Señor, nada comeréis de él crudo, ni cocido en agua, sino solamente asado al fuego; comeréis la cabeza, los pies y los intestinos; todo debe consumirse en aquella noche, sin reservar cosa alguna para el otro dia, y si quedáre algo se quemará y se reducirá á cenizas para evitar que sea profanado. Le comeréis con panes sin levadura, y con lechugas silvestres. Cuando le comais tendreis ceñidos los riñones, calzados los pies, el báculo en la mano, á la manera de unos viajeros prontos á partir, y le comeréis de prisa, porque esta es la Pascua, esto es, el tránsito del Señor. Todo es misterioso, todo figurado en esta célebre ceremonia tan detallada, y jamás hubo una figura de Jesucristo inmolado por nosotros en la cruz, mas espresa, mas significativa ni mejor simbolizada que esta inmolacion del cordero pascual á la salida de Egipto con todas sus circunstancias. Es el tránsito que el Señor ha hecho hacer á su pueblo de la cautividad en que vivia, á un estado libre, del Egipto á la tierra de promision; y por Jesucristo inmolado, del estado servil del pecado al dichoso estado de la gracia. Es claro que la libertad milagrosa de los judíos que se hizo en esta primera Pascua, no era mas que la figura de la libertad del género humano de la servidumbre del pecado por la muerte de Jesucristo, cuya memoria celebramos en este dia. La sangre del cordero pascual preservó á los hebreos de la carniceria que en aquella misma noche se hizo en las casas de los egipcios; y la sangre de Jesucristo, dice S. Pablo, nos ha librado á nosotros de la cólera de su Padre. El es, segun S. Pedro, el Cordero sin mancha y sin lunar, cuya sangre nos ha salvado. El mismo para cumplir en su persona lo que habia sido predicho de él, bajo la figura del cordero pascual, fué á Jerusalem para ponerse en las manos de los que debian inmolarle el décimo dia de la luna, esto es, el mismo dia en que segun la ley debian proveerse del cordero.

Fué inmolado el día 14, y espiró en la cruz á la misma hora en que se comenzaba en aquel día la inmolacion del cordero pascual. No se le rompieron las piernas como se acostumbraba á hacer con todos los que eran crucificados, lo cual sucedió, dice S. Juan, á fin de que se cumpliese la Escritura que prohibia quebrantar ningun hueso del cordero pascual. Comiase el cordero pascual para acordarse, dice la Escritura, del tránsito del Señor. Nosotros comemos á Jesucristo, despues de haberle ofrecido á su Padre en el sacrificio de la misa, que es la continuacion real del sacrificio de Jesucristo en la cruz. El pan sin levadura, esto es, insípido, y las lechugas silvestres y amargas con que se comia el cordero pascual, dan á entender con bastante espresion que la mortificacion debe siempre acompañar á la sagrada Comunion y á la celebracion del divino sacrificio; es este uno de los frutos de la memoria y de la celebracion del misterio doloroso de su pasion.

Despues de estas dos Epistolas se lee inmediatamente la historia de la pasion segun S. Juan, quien habiendo sido testigo de todo lo que ha pasado en ella, asegura que dice la verdad, y que se debe creer su testimonio.

Todo es admirable, pero todo es incomprendible en la pasion de Jesucristo, tanto la rabia y la inhumanidad de los judíos como el amor y la paciencia del Salvador. En medio de la multitud de crueldades y de oprobios, ¿quién no hubiese creído que solo la vista de este hombre-Dios, en el estado espantoso á que le habia reducido la mas bárbara de las flagelaciones, la cual habia hecho una sola llaga de todo su cuerpo, hubiese debido dejar satisfecha la rabia y el furor que aquel pueblo cruel tenia contra un hombre divino que no les habia hecho mas que bien, y que habia obrado tantas maravillas en su favor? Sin embargo, un objeto tan lamentable no hizo mas que irritar su crueldad: la sangre que corria por todas partes encendia todavia mas su furor. No bien habia sido condenado á muerte el Salvador, contra toda justicia, cuando cada uno queria tener parte en la ejecucion de tan injusto decreto. ¡Con qué barbarie se arrojan aquellos furiosos sobre el divino Cordero! Despójasele de sus vestiduras, y como la sangre tenia pegada á su cuerpo la púrpura con que le habian vestido por mofa, arráncase esta ropa con violencia y con ella se arrancan tambien los pedazos de su carne; vuélvensele á poner sus vestidos á fin de que fuese mas conocido, y aunque estaba ya sin vigor y exhausto de fuerzas, se le cargó con su cruz bajo cuyo peso sucumbe.

Todo aparece extraordinario en la pasion de Jesucristo. ¿A

quién jamás le hubiera ocurrido un hecho tan bárbaro como el de hacer llevar á un criminal su madero? ¿pero quién se hubiera nunca atrevido á cargar con una carga tan pesada, especialmente á un hombre agotado de fuerzas por tantos tormentos, de los que muchos eran mas que suficientes para quitarle la vida? Pero por mas flaco, por mas apurado que estuviese el Salvador, queria él mismo llevar su cruz, para hacernos ver la necesidad indispensable que todos tenemos de llevar la nuestra: pero ¿no eran todas nuestras cruces la que llevaba él solo? Sale Jesus de Jerusalem con aquella pesada carga sobre la espalda: ríndese; cae arrodillado á cada paso; es necesario un nuevo milagro para no espirar bajo de tal peso. Hubiérase tenido compasion de una bestia de carga, viéndola abrumada con la que llevaba; pero para Jesucristo no hay ninguna compasion, ningun sentimiento de humanidad. Cuanto mas se le ve sufrir, mas encarnizados están para procurarle nuevos tormentos. Llega por fin Jesus al lugar destinado para servir de altar al mas santo de todos los sacrificios. Desnúdasele segunda vez, y sacándole con violencia sus vestidos se abren de nuevo todas sus llagas: se le estiende sobre la cruz; y por un exceso de crueldad, quasi desconocido hasta entonces á los mas fieros tiranos, se le traspasan los pies y las manos con gruesos clavos, que se hacen entrar en la cruz que le sostiene á golpe de martillo. ¡O Dios! basta picar un nervio para causar horribles convulsiones: ¿quién, pues, no ve el concurso de los mas vivos dolores que es capaz un cuerpo de sufrir, cuando contempla rotos, desgarrados, traspasados con gruesos clavos las manos y los pies que no son mas que un tejido de nervios, de músculos, de venas y de arterias? Concibamos, si es posible, lo que padece Jesucristo. Pero ¡qué tormento, ó Dios mio! ¡qué exceso de dolores cuando levantan la cruz y la dejan caer en el agujero abierto en la peña! ¡qué dolorosa sacudida la de un cuerpo empujado por su propio peso, y que entre tanto permanece suspendido por tres clavos! ¡Cuánta verdad es que el morir en la cruz es morir tantas veces cuantos son los momentos que se vive en ella! Triste y cruel estado en que Jesus se mantuvo por tres horas. Entonces fué, como dice S. Pablo, cuando el Salvador de los hombres, estando clavado en la cruz, clavó consigo en ella la cédula de nuestra condenacion, para borrarla con su sangre, y al mismo tiempo desarmó las potestades y los principados, llevándose sus despojos, triunfando de ellas en su persona á la vista de todo el mundo.

Pero por lo menos entonces ¿fué compadecido de la multitud que habia concurrido al espectáculo? De ninguna manera. Ape-

nas es levantado el Salvador á la vista de todo el pueblo, cuando se le insulta, se le carga de oprobios, de ultrajes y de mil maldiciones, sin que se ahorren contra él imprecaciones ni blasfemias. ¿Qué paciente se ha visto jamás cargado de imprecaciones y de injurias sobre el suplicio en el cual se le veía espirar? Todo es singular, inaudito, increíble en la muerte del Salvador. Pero su dulzura, su paciencia y su caridad son todavía mas admirables. El ruega á su Padre por los que le quitan la vida, muere por ellos, y para ellos pide misericordia. Es un Dios el que sufre y muere; pero que sufre y muere como Dios. Una paciencia tan maravillosa, una dulzura tan extraordinaria conmueve á uno de los criminales que morian á sus lados. ¡Feliz conversion, pero conversion espantosa! Y qué, Señor, ¡en el día de vuestras grandes misericordias, en el momento mismo en que morís para la espiciacion de todos los pecados, y por la salud de todos los hombres, de dos pecadores que habian diferido hasta la muerte el convertirse, los dos á vuestros lados, los dos teñidos con vuestra sangre que corria de vuestras llagas, no hay mas que uno que se convierta, no hay mas que uno que se salve, y el otro se condena! ¿Quién puede diferir su penitencia hasta la muerte, y lisonjearse de morir penitente?

La santísima Virgen tenia mucha parte en este gran sacrificio, y amaba á su Hijo con estracordinaria ternura para que le abandonase en aquel apuro. ¿Quién es capaz de concebir cuál seria el dolor del Hijo y de la Madre en aquella cruel circunstancia? Allí puntualmente fué en donde se verificó la prediccion de Simeon, y en donde fué traspasada su alma con una espada que le causó un dolor mas amargo que la muerte. En fin, en medio de los dolores, de las humillaciones, de los oprobios de que estaba harto, viendo el Salvador ejecutados ya los decretos del cielo, plenamente satisfecha la justicia divina, verificados todos los oráculos de los profetas, cumplida la grande obra de la redencion, pagadas todas las deudas de los hombres responsables á la justicia divina, y su amor extremo á estos mismos hombres satisfecho; dijo con una voz moribunda: Todo está consumado; y bajando al mismo tiempo la cabeza, para consumir su sacrificio, puso su alma, como en depósito, en las manos de su Padre, diciéndole: Padre mio, en tus manos entrego mi alma; y en el momento espiró. Acaeció entonces un temblor de tierra universal; el velo que separaba las dos partes del templo se desgarró por medio: este rompimiento indica con bastante evidencia el entero cumplimiento de lo que significaban las figuras de la antigua ley; que el cielo se nos abriria por la muerte de Jesucristo;

que se disiparian las sombras de la ley; que la antigua alianza con el pueblo judío quedaria rota por este deicidio; que se daria al pueblo cristiano por las luces de la fe, la inteligencia de los mas grandes misterios de la religion. Dice S. Efren que al mismo tiempo de rasgarse el velo se vió salir una paloma del fondo del santuario, como para significar que el Espiritu Santo abandonaba un templo en donde Dios no debia ya ser adorado en espíritu y en verdad. En medio del terremoto acaecido al tiempo de morir el Salvador se abrieron muchos sepulcros, pero no resucitaron los cuerpos hasta despues de la resurreccion de Jesucristo que debia ser el primogénito de los muertos, y se cree que subieron al cielo con él en cuerpo y alma. A vista de tantas maravillas se dieron por entendidos los corazones mas duros, y se ablandaron. Los judíos se retiraron dándose golpes de pecho, y detestando su endurecimiento y su error; y el centurion, esto es, el oficial que habia quedado con algunos soldados para impedir que robasen el cuerpo de Jesus, conforme al órden que se le habia dado, admirado de este maravilloso espectáculo, exclamó: *Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.*

¡Ah, Señor! ¡qué caro que os cueste! ¡A qué precio habeis rescatado mi alma! ¡O divino Salvador mio! ¿puedo veros en esa cruz, y no mezclar mis lágrimas, á lo menos, con vuestra sangre? ¿puedo acordarme que mis pecados son los que os han clavado en ella, y contentarme con un dolor imperfecto de mis faltas? Los corazones mas duros se ablandaron por fin en vuestra muerte; ¿y solo el mio permanecerá insensible? No, mi Jesus, yo siento ya los efectos de vuestra gracia, tiempo es ya que mi corazon se rinda á un objeto tan tierno. Acordaos que habeis prometido que cuando fueseis levantado en la cruz todo lo atraeriais á vos; vedme aquí, Señor, pronto á seguiros; cumplid en mí vuestro oráculo; no os resistirá ya mi corazon: vos habeis muerto por mí; justo es que, por lo menos, yo no viva mas que para vos.

Todo es misterioso en la historia de la pasion, pocas circunstancias hay que no encierren algun misterio, muchas menos que no sean alguna instruccion. Trátase, pues, de dar aquí el sentido moral ó alégorico de ciertos pasajes de esta historia sagrada, segun la esplicacion de los santos Padres y de los mas sabios intérpretes. Estas cortas interpretaciones se han reservado hasta aquí para no interrumpir el hilo de la historia.

Aunque el alma de Jesucristo gozó continuamente de la bienaventuranza, y vió á Dios intuitivamente, esta vision beatífica no impidió el que sintiese verdaderamente aquella tristeza esce-

siva, aquel temor, aquel tedio mortal de que hablan los evangelistas. Todos estos movimientos le eran libres, y él mismo los hacia nacer; pero quiso sentir toda su amargura, reservando todo el alivio para aquellos que en lo sucesivo debian padecer por su amor.

Cuando el Salvador dijo á su Padre que si era posible pasase lejos de él aquel cáliz, no ignoraba que su muerte estaba resuelta en los decretos eternos de Dios, y él mismo habia suscrita voluntariamente á ella; ni es esto arrepentirse: la voluntad humana no está aquí opuesta á la voluntad divina. El Salvador solo deja aparecer la repugnancia que todo hombre tiene naturalmente á los tormentos, y que Jesucristo sintió con mas viveza que todo hombre: prueba es de esto su sudor como de gotas de sangre que corre hasta la tierra. Todo esto ha sido para prevenir la duda que pudiera suscitarse sobre si la naturaleza divina en Jesucristo abstraigo todo sentimiento de dolor á la naturaleza humana: el Salvador demuestra perfectamente, en todo lo que pasa en el huerto de los Olivos, que ha sentido todo el rigor, toda la amargura de los dolores con mas vivacidad que hubiera podido jamás sentirla ningun hombre. La repugnancia natural de la parte inferior hace nacer el deseo natural de no padecer; pero la sumision perfecta de la parte superior á las órdenes de Dios, dice S. Leon, le sobrepone al deseo de la parte inferior.

Viendo S. Pedro que se apoderaban de su divino Maestro y que se le ataba, dejándose llevar de su natural fogoso y del ardor de su zelo, echó mano de una espada para defenderle, y arremetió á uno de los criados del gran sacerdote, llamado Malco, el cual, queriendo esquivar el golpe, se halló con una oreja cortada; pero fué curado sobre la marcha por el Salvador, que reprendió severamente á S. Pedro por su zelo mal entendido. No habia Jesucristo enseñado á sus apóstoles á servirse de las armas, antes les habia prohibido hasta el que llevasen varas. Este acontecimiento sucedió por haber interpretado mal unas palabras del Salvador, y no haberse penetrado de su verdadero sentido.

Despues de haber recordado Jesucristo á sus apóstoles que mientras habia estado con ellos nada les habia faltado, que habian sido bien recibidos en todas partes y que habian tenido muy poco que sufrir, les habia advertido que era llegado el tiempo en que carecerian de todo, y serian perseguidos de todo el mundo. Para hacerles comprender este estado de persecucion en que debian encontrarse, se sirve, segun su costumbre, de un modo de hablar alegórico y figurado, y les representa lo que sucede

en un tiempo de miseria y de guerra. Hácese entonces provision de viveres y de dinero, y nadie va sin armas. *Cuando os he enviado, les dice, sin dinero, sin alforja y sin calzado, ¿os ha faltado alguna cosa?* Nada, le respondieron ellos; pues ved aquí el tiempo en que va á llegar para vosotros lo que sucede en un tiempo de miseria y de guerra, en el que cada uno llena su bolsa de dinero para hacer provisiones de boca; y si faltan sacos, se buscan para llenarlos de grano; y del mismo modo, en este tiempo de guerra se vende hasta la capa para comprar una espada para tener con que defenderse. Vosotros vais á veros muy pronto en tiempos tan penosos; tendriais por tanto necesidad de las mismas precauciones y de los mismos auxilios, si vuestro recurso estuviere ceñido á los recursos humanos; pero es en mí en quien estribará todo vuestro apoyo y vuestro unico recurso; y así no tenéis necesidad de hacer los mismos preparativos para el tiempo de la persecucion. No impone aquí Jesucristo un precepto á sus discipulos de proveerse de armas y de dinero, solo les advierte de las miserias y de los peligros á que estarán espuestos en lo sucesivo. No habiendo penetrado los apóstoles el pensamiento del Salvador, tomaron demasadamente á la letra lo que les acababa de decir; y esto fué lo que les hizo decir que habian preparado dos espadas. Conociendo el Hijo de Dios que no comprenderian lo que habia querido decirles hasta despues de su resurreccion, no juzgó á propósito el darles mayor explicacion, de la cual no eran todavía capaces: por esto interrumpió el discurso, diciéndoles: *Basta*. Vosotros comprendereis en algun tiempo que las únicas armas de que debereis servir en las persecuciones son la dulzura, la confianza en mí y la paciencia.

Despues de todas las humillaciones á que se ha sujetado voluntariamente el Salvador, no debe parecer extraño que haya querido recibir, por decirlo así, el consuelo de un ángel; queriendo enseñar á todos los fieles, con su ejemplo, á vencer nuestras repugnancias y á esperar de Dios el socorro en nuestras penas. No las ignora, y está pronto para socorrernos, haciendo invisiblemente con nosotros, nuestros ángeles de guarda, el mismo oficio que hizo visiblemente aquel ángel que vino á consolar al Salvador, durante su tristeza mortal.

Queriendo el Salvador que nos penetrásemos bien de cuanta era la amargura y cual el exceso de los dolores en que espiraba, un momento antes de morir, exclamó: ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me habeis desamparado? Esta queja no es ni efecto de la desconfianza, ni una reconvencion que el Salvador hizo á su Padre, ni una queja de la injusticia de su castigo: sería una

blasfemia decir que el Salvador se ha quejado á su eterno Padre por haberle tratado tan cruelmente, siendo como era la inocencia misma. Nada ha padecido Jesucristo que no lo haya padecido voluntariamente. El se habia cargado libremente de nuestros pecados, él ha querido libremente sufrir toda la pena: por su propia eleccion ha preferido la muerte mas dolorosa y la mas ignominiosa, á una vida dulce y á una deliciosa prosperidad. Estas palabras son un testimonio de los escesivos dolores entre que espiraba en satisfaccion de nuestros pecados. Quería el Salvador declarar por sí mismo el esceso de los tormentos que padecía, y cuyo rigor no lo endulzaba ningun milagro que embotase su punta, para hacernos comprender mejor el rigor de los juicios de Dios y lo que le costaba la obra de nuestra redencion. Puede tambien decirse que es mas bien una súplica que una queja lo que dirige aquí Jesucristo á su Padre. Padre mio, Dios mio, haced conocer á todos los hombres por qué me habeis entregado y abandonado á unos tormentos tan horribles, á una muerte tan dolorosa como ignominiosa. Haced conocer á todos los hombres la causa por qué me tratais con tanto rigor, que no es otra que sus pecados que yo he cargado voluntariamente sobre mí; y si la sola apariencia de pecado, el solo título de caucion os obliga á exigir de mí, que soy vuestro Hijo muy amado en quien teneis todas vuestras complacencias, una satisfaccion tan rigurosa, ¿qué será de ellos? Si así se trata el leño verde, lleno de jugo y sin tacha, ¿qué se hará con el leño seco? Esta espresion, *ut quid*, parece que autoriza esta última interpretacion, que es una de las mas literales y que se acerca mucho al sentido que S. Cipriano da á estas palabras.

Algunos santos Padres han creido que el Hijo de Dios antes de espirar, quiso autorizar y cumplir la profecía de David, sirviéndose de las primeras palabras del salmo 21, todo el que se refiere á Jesucristo moribundo, en las que el Profeta hace decir al Salvador en la cruz: *Dios mio, Dios mio, considerad el estado en que estoy: ¿por qué me habeis abandonado á la rabia de mis enemigos? Los pecados con que yo he querido cargarme son los que os obligan á tratarme con tanto rigor.*

La Iglesia en este dia, á ejemplo de Jesucristo, ruega solemnemente por todo género de estados y condiciones; por sus hijos fieles, como por sus mayores enemigos; estas oraciones se llaman solemnes ó sacerdotales; todas están precedidas de una genuflexion (escepto cuando se pide por los judios) para hacerlas mas eficaces por este acto de profunda humildad. La primera de estas oraciones es por la Iglesia en general; la segunda por el

Papa, que es su cabeza visible; la tercera por los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los subdiáconos y todos los demas órdenes clericales inferiores; por los confesores de la fe, por las vírgenes, las viudas y por todo el pueblo de Dios; la cuarta por el rey ó el soberano del país donde se halla; la quinta por los catecúmenos, esto es, por los que se disponen para el bautismo; la sexta es para pedir á Dios que purgue al mundo de todos los errores, que preserve á su pueblo de las enfermedades, del hambre y de todos los demás azotes; que dé la libertad á los esclavos y á los prisioneros; que asista á los viajeros; que dé la salud á los enfermos y haga que lleguen felizmente á puerto de salvamento todos los que están en el mar; nada demuestra mejor las entrañas de ternura y de caridad de la Iglesia nuestra buena madre: la séptima es por los herejes y los cismáticos, á fin de que Dios se digne disipar las tinieblas de su entendimiento y de su corazon, y abrirles los ojos para que vuelvan al seno de la Iglesia; la octava es por los pérfidos judios, pidiendo á Dios que les quite el espeso velo que les tiene ciegos y obstinados, y les haga en fin reconocer por su divino Salvador á Jesucristo, á quien siempre han rehusado reconocer. Esta oracion es la única en que no se doblan las rodillas á causa de la impiedad de este pueblo, que se arrojaba por irrision delante de Jesucristo ultrajándole y tratándole con sus zumbonas genuflexiones como rey de teatro; la novena y última es por los paganos, rogando al Señor que destruya en todo el universo el resto del paganismo que condena todavia á tantos desgraciados pueblos á quienes el demonio tiene aun en sus cadenas.

Despues de la lectura de las dos profecias y de la historia de la pasion del Salvador, que es en lo que consiste la primera parte del oficio, acabadas las oraciones solemnes que constituyen la segunda, sigue la adoracion de la cruz, que es la tercera parte del oficio de este dia. Teniendo el sacerdote la cruz, cubierta con un velo en sus manos, descubre una parte en un extremo del altar, otra un poco mas adelante; y habiendo llegado por fin al medio del altar la descubre enteramente, diciendo cada vez que la descubre: *He aquí el leño de la cruz, en el cual está clavado el que es la salud del mundo: á lo cual se responde: venid, adorémosle.* Esta santa ceremonia de descubrir la cruz en tres parajes diferentes, dice el abad Ruperto, significa que el misterio de la cruz que ha sido un escándalo para los judios, una locura para los gentiles, pero que es la fortaleza y la sabiduría de Dios para los cristianos, nos ha sido revelado despues de haber estado oculto por tantos siglos; y que este adorable

misterio no ha sido predicado al principio mas que en un rincón de la Judea, despues públicamente en todo el país, y por último en toda la tierra. En la adoracion solemne de la cruz se hacen tres genuflexiones como para reparar por tres actos de religion los tres insignes desprecios, y por decirlo así, las tres solemnes irrisiones, las tres afrentas que se hicieron á Jesucristo: en casa de Caifás, en donde fué tratado como un falso profeta y un insigne seductor, en el pretorio y en la corte de Herodes, en donde fué mirado como un rey imaginario y tratado de loco; en el Calvario, en fin, en donde fué mirado como el mas perverso de todos los impostores, pues que habia llegado su temeridad hasta el exceso de atribuirse la augusta cualidad de Mesías, de Hijo de Dios y de Salvador.

El término de adoracion de la cruz es comun á los griegos y á los latinos desde los primeros siglos de la Iglesia, y solo desde el nacimiento de las nuevas herejias es cuando los enemigos de la Iglesia han afectado escandalizarse de él. No hay cosa mas comun entre los fieles que el saber y estar bien persuadidos que el culto supremo no es debido sino á Dios solo, y que siempre es á Jesucristo á quien se adora cuando nos postramos delante de la cruz, en la cual ha estado clavado Jesucristo. Aquel cuerpo adorable, unido hipostáticamente á la divinidad; aquella sangre preciosa con que la cruz ha sido teñida; esto es lo que constituye el objeto principal de nuestro culto. Seria una idolatría el referir la adoracion al leño en sí mismo, y separado de Jesucristo; porque el leño no es Dios, y solo Dios debe ser el objeto de nuestro culto supremo. Cuando la Iglesia dice hoy, mostrando la cruz á todo el pueblo: *Venid, adorémosla*; cuando canta: *Nosotros adoramos, Señor, tu cruz*, no pretende por estas palabras adorar con el culto de latría mas que á Jesucristo clavado en la cruz. En otras ocasiones se ha esplicado bastante sobre esto, y el atribuirle otra doctrina en esta materia, es ó ignorancia ó malignidad, y siempre una calumnia atroz. Estas palabras: *He aquí el leño de la cruz, en el cual está clavado el que es la salud del mundo; venid, adorémosle*: no tienen otra significacion que esta: Postrémonos delante de la cruz para adorar á Jesucristo, que ha sido clavado en ella por nuestra salud. A la verdad el término adorar en nuestra lengua parece consagra do para significar comunmente el honor y culto soberanos que solo á Dios se le deben; pero en latin, como en hebreo y en griego, tienen una significacion mas estensa. Significa en general postrarse é indicar su respeto, lo cual conviene á otros que á Dios, y todos los dias nos postramos delante de los hombres sin

adorarlos; la Escritura Santa nos ofrece muchos ejemplos. No se ha de juzgar, pues, de la fe de la Iglesia por la palabra adorar que puede tener muchos sentidos, cuando se encuentra usada en las oraciones públicas, sino por el sentido que la Iglesia la da, y por la declaracion solemne que hace de su creencia. Ahora bien, la Iglesia ha protestado siempre que no adoraba mas que á Dios solo.

Nadie duda que la adoracion de la cruz en el Viernes santo es de tradicion apostólica. Los Padres de la mas remota antigüedad y los concilios mas antiguos hablan de ella como de una ceremonia piadosa establecida en toda la Iglesia. Es una práctica, dice el diácono Rústico, establecida y recibida en toda la Iglesia, el adorar la cruz del Salvador. Era esta una de las reconvenciones que Juliano apóstata hacia á los cristianos. Tertuliano, Minucio Felix, S. Cirilo de Alejandria, dicen que los paganos acusaban á los cristianos porque adoraban la cruz; y en S. Crisóstomo, S. Jerónimo, S. Leon, S. Gregorio, Teodoreto, y en multitud de otros Padres, se hallan pruebas ciertas de la tradicion de la Iglesia en este punto. Pero ¡con qué sentimientos de religion, con qué respeto, y con qué afectos de amor, de contricion y de una devocion la mas tierna, debemos hoy hacer esta adoracion de la cruz, y besar las sagradas llagas de nuestro Señor, puesto que somos nosotros los que las habemos abierto, y él no las conserva mas que como señales eternas del exceso de su amor á nosotros!

En muchas iglesias, durante el oficio del Viernes santo, están todos descalzos: No solo los sacerdotes, los monges y todo el clero, sino tambien el pueblo, dice Lanfranco en sus estatutos. El santo abad de Claraval (*Cave*) jamás oficiaba el Viernes santo sino con los pies desnudos; y la misma práctica se observa todavia con grande edificacion por los señores condes de Leon, y aun por el arzobispo cuando oficia, y no hay ninguno que no tenga los pies desnudos en el altar durante el oficio del Viernes santo.

HIMNO.

Pange lingua gloriosum
Lauream certaminis,
Et super Crucis trophæo
Dic triumphum nobilem:
Qualiter Redemptor orbis
Immolatus vicerit.

Cante la voz y aplauda la gloriosa
Victoria del certámen mas sagrado:
Digna de la Cruz santa y misteriosa
El trofeo mas noble y señalado:
Y como el Redentor del mundo entero
Venció, sacrificado en un madero.